

El Tercero, Santiago 30 Junio 1968 p 3

700203

Crónica Literaria

Por ALONE

"MIS CONTEMPORÁNEOS" por Ernesto Montenegro (Universitario).— He aquí un caso flagrante de lo que llaman, sin precisar mucho, "literatura comprometida", opiniones encadenadas. ¿Cómo juzgar a quien nos juzga? ¿Cómo elegirlo si nos elegió? ¿Y cómo no elegirlo?

Sólo tres de los quince que Ernesto Montenegro entona entre sus contemporáneos pueden todavía recordar su figura, evocar su acento y traerle de juzgado al mundo de los vivos, antes de ir a reunirse junto con los que les precedieron, Pedro Antonio González, Baldomero Lillo, Federico Gana, Diego Díaz Urutia, Francisco Contreras, Leonardo Peña, Guillermo Lubarsky, Pepe Vélez, González Basías, Augusto Díazmar, Eduardo Barrios, Pedro Prado, mientras Manuel Rojas y Gonzalo Vera callan,既án permitido al reverendo "hacer uso de la palabra".

Oh, sin el menor desfase ni elocuencia ostentosa Montenegro nunca tuvo ese vicio. La sencillez fue su característica. Tenía el sobrino muchas de las virtudes que tan bien infundió en el acento de su "The Venture", uno de los personajes vivos de la literatura chilena y escaso de todos el más chileno de todos.

Pese a sus múltiples y largos viajes, a lecturas detenidas en varios idiomas, a haber plantado su Géndula en regiones lejanas donde sus semillas ahora florecen y hablan lenguas distintas, inglesas o alemanas, este libro, suma de las experiencias y el saber vital de Montenegro, nos prueba que nunca perdió el juicio sabroso que bebió en las raíces acaecagüinas, al lado de su amable tío, rústico, malicino.

Tantas idas y venidas, tantos paisajes y personajes recorridos por el vasto mundo únicamente agregaron extensión a sus ideas y resonancia a sus imágenes, sin alterar el fondo, que cuajó en una filosofía blanca de paz, con cierta conformidad entre Desengaño e ironía, generosidad y simpatía.

Ningún emigrante dio protesta en su sentido. No lo contagió el prurito de invocar la justicia para destruir el orden y remecer "las estructuras profundas" con ánimo de levantarse sobre ruinas. Sabía su propio valor y en su ocasión sapó imponerse con dignidad; pero deshonra la soberbia y jamás se quejaba del destino. Dejó ese papel a otros: él prefería guardarse sus lamentaciones.

La amplitud de su temperamento y la flexibilidad de su comprensión lo llevan hasta aceptar las quejas de los que nacieron para exhalarlas, siempre que lo hicieran con talento.

Puede ello observarse a través de esta galería

donde, finamente evocados, pasan sus contemporáneos:

Casi ninguno escapa a la nota dominante en su época: la tristeza, abalida en unos, irritada en otros; áspers aquí, allá melódicos, parsante la de éste, la de aquél revelada de un explosivo romántico.

Tomemos la más típica, la del Almirante que arrebató por los mares su capa de melancolía, dejando a su paso por las letras un reguero de melodías fascinantes.

Montenegro, que "lo conoció mansaje", no se deja intimidar ni seducir, pero tampoco lo niega ni discute. Lo mira, lo admira, lo coloca en su ambiente, le reconoce su valor representativo y puntualiza sin demasiadas insistencias sus acentos liberales, que eran muchos, cumpliendo los deberes de todo buen testigo que no es tanto juzgar como relatar.

El juicio de los escritores pertenece a la posteridad. Los contemporáneos ignoran lo que son y lo que serán. El crítico emprendido en filar una escala de valores con vistas al futuro sobre la tensión de los prototipos, se expone a grandes peligros. Unos cuantos años y la sentencia que pronunció le corta la cabeza.

De acuerdo con D'Halmar en la magia del arte renovador de la vida, se aparta de él por el color que temen sus ilusiones. Las suyas no se alien de una mortal melancolía. Le dejan, por el contrario, el sentimiento de "no envejecer y el de asombrarse ahora de haber oido a los veinte años que la cincuentena era ya la edad velutina, imposible de desequilibrar. Hoy sabemos (año 1934) que todos los frutos del arte riman su beneficio en la vendimia del Señor, y que también nuestras poquerías y nuestros dolores son estímulos necesarios para llegar a saborear mejor el fugitivo instante de la dicha. Sabemos ya que la alegría es humo y que el sufrimiento también es humo. Hemos aprendido la conformidad ante la ley del Mistério, junto con aceptar los bienes del vivir como un presente real para el corazón agradecido. Y asco esta ligera fatiga que viene con el declinar del día no haga sino más grato el sueño del repago final".

Ita ahí palabras bien diferentes de las que eligió D'Halmar para su despedida. En el fondo, es lo mismo: no somos nada, no sabemos nada. La diferencia está en el gesto, en la actitud, el modo o el estilo. Hay quienes para mimarse alzan el rostro y dirigen el cielo ojos desfiantes. Otros bajan la cabeza, enroscando los párpados. Ernesto Montenegro, sin perder la amargura, mira de frente, pesa el

bien y el mal, se encoge de hombros y halla preferible, sencillamente, agredecer el uno y perdonar el otro, alejando la idea de pedir cuentas a nadie.

"EL FUTBOL: UNA FARSA HOMOSEXUAL?", por

Regis Marullo.—

Tal vez el autor habría logrado mejor su propósito si no lo mostrara tan ostensiblemente desde el título. Y hay, además, otros motivos para temer que el escándalo y la discusión no se produzcan.

Es que en materia de sexo el mundo ya está, como dicen, "curado de espanto" y la gente empieza a cansarse del asunto. Desde que Freud desató la olla del subconsciente y el padre, la madre, el hijo y la hija empezaron a darse aquella danza, los motivos de sorpresa han ido disminuyendo mucho y los resarcimientos que la hacen estallar se han gastado.

Por otra parte, el desarrollo de la cultura histórica, el mejor conocimiento de las costumbres antiguas, especialmente las del gimnasio y la palestra, donde los atletas circulaban desnudos, ha abierto el camino a la divulgación de teorías que cada día ensanchan más el área de los estados intersexuales y confunden o borran sus limitaciones.

¿Qué el estuporismo de las multitudes por presentar los partidos de fútbol enterita algo más de lo que aparece en la superficie? Eso es lo que el autor de la obra nos pregunta.

Se habla de deporte, de ejercicio, "menos sans la corpore sino" etc.; pero la verdad es que, fuera de la dureza del asunto, no se ve cómo los asistentes a los estadios pueden fortificar sus instintos. Ciertas que las griterías de las evocaciones alternadas con las rechiflas exigen una capacidad palmaria robusta; pero no creemos que contribuyan demasiado a conservar la salud y sus efectos sobre el sistema nervioso son discutibles. Y más de eso justifica el delirio, la vehemencia, el atronamiento, la locura y el desatino que los espectadores狂暴化する. Esto es lo que el autor de la obra nos pregunta.

Todo eso indica una coherente regresiva profunda como asimismo la obsidiana que los campiones provocan, con sus correspondientes síntomas de adoración supersticiosa y credulismo feoquista. Llega al paroxismo de su admiración, hasta hay que el "muchacho" famístico sea capaz de negarle al objeto de su culto, colocado por él sobre un altar, entre flores.

"Mis contemporáneos" [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Mis contemporáneos" [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile